

un sistema; pero no un sistema sólo del *máximo* y el *mínimo* á que nos hemos referido; sino un término medio; y estè término medio es ciertamente el hombre, y dentro del hombre la *función-tipo* de su pensamiento individual.

Entre la mole de la función eléctrico-astronómica, que para el hombre acaba en punta, y la mole posible de las menudencias íntimas inaccesibles como cuerpos, oficia el hombre, como encerrado entre dos conos opuestos por sus vértices, y como secante: circular en un sentido, parabólica en otro, y por último, hiperbólica.

¿Adónde le lleva la hipérbola? A lo indefinido en todas sus direcciones. El desiderátum de la hipérbola es un polo indefinido, enfrente de ese otro polo definido, que ofrece á los sentidos externos el gran polo experimental, representado como objeto; contrapuesto con sus inagotables números y medidas, y con su abrumadora pesadumbre, al impalpable, al invisible, al obstinado *oculto* á la comprensión intelectual, á ese yo *abstracto*, del cual nos asiste firmísima conciencia, sin que podamos darle asomo alguno de *consistencia*, como no *consista* en vuelos intelectuales, que aun para ser vuelos necesitan el símbolo de *volar*, que les da cuerpo correlativo con la obstinada negación corpórea del teórico pensante.

He aquí la gran polarización del pensamiento (saber é ignorar) que recuerda allá en lo alto, sin perjuicio de la incalculable distancia que las separa, la pequeña función eléctrica, utilizada por un hombre para facilitar el ejercicio de una campanilla mensajera de vulgares llamamientos.

¿Es esto confundir á un ser humano con un aparato eléctrico? Excusamos decir que no. El polo negativo de la electricidad terrestre es tan positivo como el otro. El de la función humana es obstinadamente negativo, es el que en la práctica *produce autónomicamente*, *crea* en la Naturaleza y *crea* en la ley de la conciencia humana.

D. RESUMEN GENERAL

Tarea larga y penosa parece á primera vista la que hemos impuesto al pensamiento en las líneas que preceden. Y lo es efectivamente en dos conceptos: primero por la tensión de espíritu que supone en el sujeto, obligado á atender á un tiempo á multitud de conceptos consonantes entre sí; y después por la innumerable falange de casos particulares á que ha de aplicarse en la práctica la doctrina sumaria que acabamos de exponer.

Sin embargo, en sus líneas generales todo se reduce á muy poca cosa, como el plano de una catedral puede reducirse á pocas líneas.

Todo se cifra en esta fórmula. «*Sentir* teóricamente el *Pensador*, cualquiera que sea, *su relación* con todas las cosas determinadas y determinables; y *hacer* además práctica la relación teórica, relacionándolo todo del mejor modo posible dentro de los límites del pensamiento humano».

El metro teórico de la construcción sistemática debe ser por tesis, antítesis, síntesis y antisíntesis; ó sea fenómeno, ley, función positiva, función negativa.

Medida así la relación teórico-práctica se la sigue *ejercitando* con sólo reproducir sus cuatro términos en serie indefinida.

El pensamiento (función de definir) se hallará siempre idéntico á sí propio mientras siga apareciendo como tesis *definida* y antítesis *indefinida* (polos teóricos); y como definido *eficiente* (función heteronómica), indefinido *coeficiente* (función autonómica).

Parécenos que todas estas explicaciones han de facilitar la comprensión del sentido filosófico que en nuestro diccionario atribuimos á las palabras en él contenidas.

Este sentido filosófico de las palabras es condición indispensable, para llegar al sentimiento y á la concepción del sistema á que se refieren. Una filosofía encaminada en algún sentido que le es peculiar, exige un nuevo aprendizaje de la lengua con cuyo auxilio se discurre. De otra manera, usando para aprender ideas nuevas ó renovadas, palabras que conserven su sentido antiguo, se hacen imposibles los conceptos nuevos y la difusión de las conquistas en el territorio del pensamiento.

Por de pronto, es indispensable que el neófito relativamente á una ciencia que se propone como nueva, se despoje de antiguas prevenciones; deje de prestar á las palabras un sentido absoluto y predeterminado, y aspire á comprender al autor de la doctrina.

Para contribuir á esta función, encomendada al que leyere, publicamos nuestro *Ensayo de un Diccionario filosófico*.

Insistiremos, por fin, en advertir que nuestro ensayo es incompleto. El pensamiento mismo que exponemos se nos ha ido revelando paso á paso, primero con bastante claridad en el conjunto; pero escasa respecto de puntos particulares; y el lado luminoso envuelto siempre en sombras correlativas.

En vano hemos procurado disipar estas sombras por completo, en la parte ya escrita de nuestra obra, revisándola porfiada y repetidamente. Cada vez que la revisamos, hallábamos en ella puntos débiles, que difíciles de comprender, carecían además de formas verbales y

gramaticales, suficientes para sugerir el concepto correlativo en el ánimo de nuestros lectores.

Hallábamos siempre la dificultad de reformar nuestra labor, sin destruirla por completo y comenzarla de nuevo; tarea abrumadora que acaso no hubiera tenido término. Eranos preciso pulir lo escrito sin borrarlo del todo, y esto equivalía á la pretensión del arquitecto, que encargado de construir un monumento, notara, llegado ya á lo más alto, defectos en todo lo demás, insubsanables ya á menos de derribar y rehacer lo construido.

Afortunadamente para nuestro caso, no se trata ahora de un monumento grandioso, ni mucho menos. Lo que ofrecemos al público es una población bastante numerosa, para que se encuentre acaso en unos sitios lo que pueda faltar en otros; por manera que el lector inteligente, insistiendo en la lectura, ha de hallar en la definición de unas palabras, algo que le facilite la interpretación en otras del pensamiento del autor.

Sobre todo recomendamos el esquema geométrico, porque en él hemos ensayado nosotros cuantos conceptos hemos concebido, hasta obtener la satisfacción de encontrar justificadas nuestras relaciones, por ser aquellas relaciones primarias y fundamentales, que dejábamos simbolizados en forma geométrica.

II

UTILIDAD DEL CRITERIO VIVIENTE REPRESENTADO Ó NO EN ESQUEMA

Expuesto el esquema en líneas, el pensamiento en palabras, y lo práctico en forma experimental externa, digamos algo como respuesta preventiva á la objeción que se opondrá por muchos á todo lo dicho. Si todo esto—se dirá—, si tan enrevesado ejercicio del pensamiento lleva solo á esclarecer un sentido filosófico; si tan alambicados conceptos han de constituir sólo un fondo de más ó menos verdad teórica, ¿de qué nos sirve para satisfacer cumplidamente los compromisos prácticos usuales que á cada momento nos asedian?

La exigencia de utilidad, para entregarse á algún ejercicio, tiene importante razón de ser.

Mas aunque muchos no lo crean, las consideraciones que dejamos apuntadas no carecen de utilidad, y aun de utilidad suma en circunstancias determinadas.

El criterio de la *relación*, y más aún de la relación práctica que es

el por nosotros recomendado, constituye sin duda un buen método filosófico.

Siguiéndole no sólo se evitan muchas equivocaciones, y se destruyen fantasmas creados por las doctrinas tradicionales; sino que se obtiene una doctrina conexas en todos sus elementos; leyes categóricas para el régimen de toda clase de procedimientos, y se confirma el sentimiento de la libertad y la autonomía, que acompañan á todos los seres vivientes desde su nacimiento hasta su muerte.

Se robustece la confianza y la fe en la ley moral, que nos lleva al bien en todos los lances de la precaria existencia de cuantos, por tan diversos caminos, cruzamos por el mundo.

Se nos revelan á cada paso relaciones inesperadas, que esclarecen y resuelven muchos problemas, y entre ellos los más interesantes, para poner en armonía lo ideal con lo real, el espíritu con la naturaleza, lo humano con lo divino; para valorar y llevar á cabo las aspiraciones que se propone la humanidad en todos los terrenos.

Para decirlo de una vez, buenos son indudablemente, y conviene fomentar en lo posible, los estudios particulares que se encaminan á los más lejanos horizontes de la humanidad en la vida práctica. Mas lo particular supone lo general, y lo uno sin lo otro sería inconcebible.

La Filosofía crítica teórico-práctica versa sobre generalidades necesarias.

Un diccionario crítico-filosófico es un diccionario de generalidades, consideradas desde el punto de vista de la generalidad más elevada y aplicables á toda particularidad correlativa.

Lo que interesa particularmente en un diccionario filosófico es la analogía de conceptos, al través de las innumerables diferencias que por todas partes han de brotar. En esto difiere bastante un diccionario filosófico de un diccionario de sinónimos.

Los autores de estos últimos se han propuesto directamente el análisis, haciendo resaltar las diferencias. La filosofía viviente no desprecia la síntesis, y aspira á sacar partido, sin faltar á la distinción, de esa identificación correlativa, que ha hecho también el *sentido* humano entre *sentidos* á veces muy diferentes. Aspira á la verdad *una*, por más que no la alcance: por eso es *filosofía* y no *ciencia* relativamente *pura*.

Larga es, en suma, la tarea encomendada al autor de un diccionario filosófico. A poco que quiera medir y explayarse en ella, podría llegar hasta un diccionario *universal*, si no fuera imposible lo universal absoluto en nuestro universo relativo. Por nuestra parte daremos simplemente la mínima muestra de tan indefinida fluxión de tarea filosófica.